

LIBRO SEPTUAGESIMO-SEGUNDO.

Desde la muerte de Paulo V en el año 1621, hasta el principio del jansenismo en el de 1630.

El cardenal Alejandro Ludovisio, sostenido por la Francia contra la faccion española y los Bentivoglios, declarados á favor de Campora, que les habia prometido volver á ponerlos en posesion de Bolonia, fué elegido Papa, tomando el nombre de Gregorio XV, el mismo dia en que los cardenales entraron en cónclave, que fué á 9 de febrero de 1621. A 21 del mes siguiente aprobó la congregacion de Nuestra Señora del Calvario, fundada por Antonia de Orleans Longueville, bajo la direccion del P. José de Tremblay, religioso capuchino, y tan célebre por sí mismo, que sin embargo de ser de una familia secunda en grandes magistrados, fué mucho mayor el lustre que la dió con el hábito humilde de San Francisco que el que habia recibido de ella. Trabajó siempre en beneficio de la Religion, y mucho tiempo á favor del Estado; fué fervoroso en el claustro, sagaz político en la córte, hombre de quien muchas veces necesitó el mismo Richelieu, y tan virtuoso que constantemente prefirió la capucha á la mitra. Sin embargo, no pudo eximirse de la sátira, y ya que á esta la fué imposible censurar sus obras, ejerció su malignidad en sus intenciones; pero siendo amigo de un ministro poderoso y aborrecido de una secta naciente, que, á pesar de todos los velos de la hipocresia, no logró ocultarse á su sin-

gular penetracion, ¿ cómo podia menos de estar espuesto á los tiros de la envidia?

Desprendida madama Longueville de todos los negocios y embrollos de la corte, gozaba esta santa viuda, como otra Judit, de una reputacion tan extraordinaria, que no habia quien se atreviese á censurarla en la cosa mas minima. En Fontevrault, de cuya casa querian hacerla abadesa, y de la que era ya coadjutora á pesar suyo, conoció al P. José, y no tardó en hacerle dueño de toda su confianza. Pero no pudo persuadirla á que se quedase por prelada de aquella orden distinguida, donde, aunque solo estuvo de paso, no dejó de hacer que refloreciese la disciplina regular, bajo la direccion de este prudente confesor. Se retiró al convento de Lenclotre, del mismo instituto, y habiéndose esparcido la voz de que pensaba establecer en él una reforma perfecta, acudieron de todas las casas de la orden varias religiosas llenas de celo y de valor, pretendiendo observar con todo rigor la regla de San Benito. Para ejecutarlo con mas libertad, se tomó en Poitiers una casa independiente de Fontevrault, y esta fué propiamente la cuna de la nueva congregacion. La casa que despues la dió en Paris la reina madre, habiendo fundado ya antes otra en Angers, vino á ser el principal convento y el lugar de la residencia de

la directora, esto es, de la superiora general. Tomó esta congregacion el nombre de Nuestra Señora del Calvario, porque una de sus principales obligaciones era honrar á la Santísima Virgen en el acto de llorar á su Hijo al pie de la cruz.

En el año de su exaltacion publicó tambien el nuevo Papa unas disposiciones prudentísimas acerca de la eleccion de los Sumos Pontífices. Varios Papas habian tomado ya en consideracion un objeto de tanta importancia para la edificacion de la cristiandad; pero ninguno se habia internado tanto en este asunto, ni adoptado medidas tan acertadas como Gregorio XV. De lo que parece cuidó con mas esmero fué de que la eleccion se hiciese rigurosamente por escrutinio, esto es, que los votos se diesen con un secreto impenetrable. Bien se dejaron conocer los ventajosos efectos de este método; pues dando así sus votos, cada cardenal sigue el dictámen que le inspiran sus conocimientos y su conciencia; al paso que siendo conocidos, es de temer que se dejen arrastrar por los gefes de las facciones. Urbano VIII, sucesor de Gregorio XV, conociendo la sabiduría con que se habia formado aquella bula, hizo que jurasen su observancia treinta y siete cardenales que se hallaban en Roma.

Por otra bula, publicada en el año siguiente, prohibió Gregorio á todos los eclesiásticos, seculares y regulares, esentos ó no esentos, confesar y predicar sin permiso y aprobacion del ordinario. Hubo grandes disputas sobre este punto de disciplina, con respecto á los religiosos. Pio V habia decretado en 6 de agosto de 1571 que una vez dada la aprobacion por un obispo no podia ser revocada por este, pero sí por su sucesor. Sin embargo, al menos en Francia habia costumbre en contrario. En efecto, como los obispos comunican sus facultades á quienes les agrada, es natural que las recojan cuando lo tengan por conveniente. Ay de los que se dejan llevar del odio ó del capricho en la dispen-

sacion de las cosas sagradas! Pero ¿ qué sería del rebaño de Jesucristo, si no hubiese libertad para echar del redil á los lobos, una vez que se hubiesen introducido en él? Pueden estos sorprender la vigilancia mas atenta cubriéndose con la piel de ovejas, y el ministro que al principio edificaba con su conducta, puede desmentirse despues y ser una piedra de escándalo. Es, pues, razonable y aun absolutamente necesario, que el primer pastor conserve en su gobierno una libertad, sin la cual solo puede responder en parte del rebaño de que está encargado (1622).

A instancias del rey Cristianísimo erigió Gregorio XV en metrópoli el obispado de Paris, á 20 de octubre de 1622. Se le dieron por sufragáneos los obispados de Orleans, Meaux y Chartres, á los cuales se añadió el de Blois, cuando fué creado en tiempo de Luis XIV. Como todas estas supresiones se hacian á espensas de la iglesia de Sens, y perjudicaban considerablemente á esta ciudad, se opuso á ellas el cabildo con mucho empeño; pero se pasó por todo en favor de la capital de un gran reino, á la que es extraño no se hubiese concedido mucho antes un grado de esplendor tan conveniente. Por la misma razon se condecoró á la nueva metrópoli en el reinado de Luis el Grande con la dignidad de duque y par, habiéndose elegido para estas innovaciones el tiempo en que estaban vacantes las dos sillas. Juan Davy Du-Perron, arzobispo de Sens, habia muerto en 1621, tres años despues que el célebre cardenal su hermano. El cardenal Enrique de Gondí fué el último obispo de Paris, y Juan Francisco de Gondí, su hermano, fué el primer arzobispo de aquella diócesis. Por el mismo tiempo estableció en Roma Gregorio XV una congregacion para la propagacion de la fe.

Siendo cardenal este Papa, habia tenido la comision de negociar un tratado entre Francia y Saboya. Con este motivo trató mucho en Turin al duque de Lesdiguières, y fué á des-



pedirse de él antes de restituirse á Roma. Al tiempo de separarse: «no soy tan enemigo de la Iglesia (le dijo Lesdiguières) que deje de desearla un Papa de vuestro mérito.» — «Y yo os estimo tanto (respondió el cardenal), que deseo veros buen católico.» — «Como en eso consistiese el que fuéis Papa (replicó Lesdiguières), no tardaríais en serlo.» — «Poco á poco (repuso el cardenal): yo me contento con que me deis palabra de haceros católico, si llego á ser Papa.» Lo prometió; y ya fuese todo ello una chanza, ó un efecto de urbanidad, lo cierto es que se cumplió puntualmente. Referimos este hecho, no como digno de atención por sí mismo, sino para confundir á los vengativos y satíricos sectarios, que se empeñan en hacer creer que la conversión del duque de Lesdiguières fué un fruto precipitado de la oferta que se le hizo de la dignidad de condestable. Ya hemos visto que oía con particular complacencia los sermones de los predicadores católicos, y especialmente los del P. Coton. No oyó con menos gusto ni con menos fruto los de San Francisco de Sales en las dos cuaresmas que predicó este santo obispo en Grenoble. Las conversaciones privadas con un prelado tan poderoso en obras y en palabras, concluyeron casi de todo punto lo que se habia principiado desde el púlpito; y si solo se hubiera tratado de convencimiento, pronto habria quedado resuelta la conversión del duque. Pero este grande estaba enamorado de una muchacha de baja esfera, la famosa Maria Viñon, con la cual se casó por último despues de la muerte de la duquesa. Entretanto, el piadoso prelado, para quien era cosa de poco momento la profesión de la verdadera fé si no correspondian las costumbres á su pureza, apresuró con el fervor de sus oraciones el momento de la gracia, la que por fin tuvo su pleno efecto en Grenoble, donde abjuró públicamente Lesdiguières en manos del arzobispo, á 24 de julio de 1622.

Los calvinistas llevaron sin duda alguna muy á mal esta conversión, pero solo porque

los cubria de oprobio; y no, como dice un historiador francés (1), porque perdian uno de sus mas firmes apoyos. Habia sido siempre Lesdiguières tan buen vasallo, que con dificultad podia ser buen hugonote. Apenas asistia á sus asambleas, sino para exhortarlos á la paz y frustrar las resoluciones que se dirigian á la rebelion ó que eran contrarias á las intenciones de la corte. Mientras él fué gobernador del Delfinado, no se rebelaron en aquella provincia los religionarios. Siguió las armas del rey contra ellos en las expediciones mas importantes; y en el Consejo siempre fué de opinion que se tratase á los obstinados como á alborotadores y sediciosos, sin hacer caso de su religion. Sobre este punto pueden consultarse las Memorias del duque de Rohan.

No tuvo poco gusto el santo obispo de Ginebra cuando supo el triunfo que habia conseguido la fé católica con la conversión perfecta de un personage tan considerable como el duque de Lesdiguières; pero el celoso prelado murió de allí á cinco meses (2). Aunque era de edad poco avanzada, aniquilado ya con los trabajos del episcopado, ó por mejor decir, de un apostolado verdadero y sin interrupcion, sentia cada dia desfallecer considerablemente sus fuerzas, y temiendo, segun el bajo concepto que tenia de sí mismo, que padeciese la obra de Dios con motivo de su quebrantada salud, habia elegido á su hermano por auxiliar. No podia recaer su eleccion en un eclesiástico mas virtuoso ni mas capaz por todos títulos de sostener lo que él habia emprendido para el perfecto restablecimiento de la desgraciada diócesis de Ginebra. Sabiendo no obstante que la misma virtud está sujeta á engañarse, y deseando no dejarse llevar de los impulsos de la sangre y de los sentimientos humanos, habia consultado, antes de resolverse, á los prelados mas santos, y en particular al cardenal Federico

(1) Dupin. *Hist. de Luis XIII.*, año 1622.

(2) *Vid. de S. Franc. de Sal.*, t. 6.

Borromeo, primo hermano y sucesor del santo arzobispo de Milán, cuyas virtudes procuraba imitar con el mayor conato.

Quiso que fuese consagrado inmediatamente el auxiliar, sin embargo de que él no habia querido consagrarse en vida de su predecesor; y no admitió respecto de él ninguno de los otros miramientos que respecto de su persona habia observado tan escrupulosamente; trató desde luego de dividir con él su autoridad; hizo, en cuanto le fué posible, que se le diesen todos los honores, y solo se reservó los trabajos y fatigas de su dignidad. Teniendo siempre á la vista la idea que se habia formado de la carga terrible de su ministerio episcopal, se encerraba muchas veces para discurrir los medios de reparar lo que creia haber mirado con negligencia, ó para concluir lo que solo le parecia estar bosquejado. Fué tan grande la aplicacion del Santo á este género de trabajo, que se temió que perjudicase á su salud. Despues de estos exámenes privados, conferenciaba con el obispo de Calcedonia, esto es, con su auxiliar, á quien se habia dado aquel título al ordenarle. Veian los dos juntos las memorias y estados de la diócesis, las notas y advertencias que habia dispuesto el Santo acerca del genio, capacidad y costumbres de los curas y de los pueblos, acerca de los medios mas propios para desterrar los desórdenes y hacer que floreciesen las virtudes; y únicamente atentos los dos hermanos á la gloria de Dios y al bien de la Iglesia, caminaban siempre á un mismo fin.

Sin embargo, cada uno tenia su método y su índole particular. El antiguo obispo, naturalmente alegre, era muy accesible, tenía una bondad de corazón y una afabilidad inalterable, una caridad afectuosa, compasiva, siempre dispuesta á perdonar y aun á escusar las faltas ajenas. Al contrario, el auxiliar era serio, propenso á la severidad é inflexible con los eclesiásticos viciosos, á lo menos en los casos de reincidencia. Como hacían los dos jun-

tos la visita general de la diócesis, para trabajar despues en una reforma perfecta, el auxiliar, á quien comunicaba el titular su autoridad sin reserva alguna, hizo unas pesquisas rigurosas contra la mala conducta de los sacerdotes. Apenas se concluyó la visita, fueron á parar muchos de estos eclesiásticos á la cárcel de la corona. No desaprobó el santo obispo la severidad de su hermano, pero padeció mucho con este motivo su alma tierna y sensible.

Caía la puerta de la cárcel á un parage, por donde pasaba todos los dias para ir á decir misa. Estaban los presos en observacion, y aprovechaban aquel momento para pedirle perdón, protestando un arrepentimiento sincero. Con esto se enternecía el Santo, y muchas veces no podia contener las lágrimas. Se representaba la clemencia infinita de Dios para con los pecadores, que no se cansa jamás de perdonarlos y que su ira cede por último á sus gemidos, y poseído de estos pensamientos, «¿será posible errar (esclamaba) siguiendo tan buen modelo? Si Dios se ha compadecido tantas veces de mis lágrimas ¿deberé yo mostrarme insensible á las de mis hermanos? Oye Dios las oraciones de los pecadores, y yo que soy el mas miserable de todos ellos, ¿seré sordo á sus ruegos?» Al salir de la iglesia, mandaba que le abriesen la puerta de la cárcel, reprendia caritativamente á los presos, hacia que le diesen palabra de vivir mejor en lo sucesivo, y luego los ponía en libertad. No podia menos el auxiliar de admirar esta bondad de corazón; pero no dejaba de vituperársela y de representarle, tal vez con alguna aspereza, sus fatales consecuencias. El santo prelado se humillaba entonces hasta el punto de escusarse, y prometía que en adelante tendría mas firmeza; pero al otro dia le obligaba su sensibilidad á olvidarse de sus promesas y resoluciones, y á ejecutar lo mismo que antes; en tanto grado que el auxiliar, con el objeto de hacerle variar de sistema, fingió que queria retirarse, y este ardid produjo todo el efecto que deseaba-



ba. Le entregó el obispo las llaves de la cárcel, y le suplicó que se las negase, si alguna vez se las pedía: «porque estos pobres (añadió) me compadecen mucho, y conozco que no puedo fiarme de mi mismo.» Como el obispo es padre y juez á un mismo tiempo, no puede dudarse que se debe mezclar la dulzura con la severidad; pero en caso de esceder alguna de estas dos cualidades, ¿no debe ser la primera la que sobresalga?

Estando ya el santo obispo muy próximo al término de su carrera, y teniendo algo más que un presentimiento de su cercana muerte, recibió una carta de su soberano, en que le decía que pasase á Aviñon, á donde pensaba ir él mismo á felicitar al rey Luis XIII. Su quebrantada salud, y el haberle oído algunas palabras misteriosas que se tuvieron justamente por una prediccion de su muerte próxima, bastó para que su hermano tratase de disuadirle de aquel viaje; pero no pudo conseguir su intento, porque como el santo prelado no atendía á otra cosa que al bien de la Religion, miraba la entrevista de las cortes de Francia y Savoya, como una ocasion preciosa que le ofrecía la divina Providencia para promover los intereses de la fé católica en aquella parte de su diócesi que dependía de la Francia. Teniendo pocos días para prepararse, hizo á toda prisa su testamento, y dispuso todas las cosas como si se hubiese de morir al día siguiente: lo que no pudo ejecutar con tanto secreto que no llegase á traslucirse y á causar una consternacion general. Siempre que se presentaba en público, iba rodeado de un gentío inmenso: todos salían de sus casas, y dejaban el trabajo los menestrales para ir á pedirle su bendicion. Este pastor sensible y padre cariñoso, no se contentaba con dársela, sino que se detenía á cada paso, consolaba á unos, sugería á otros algun medio de santificarse con los trabajos de su estado, y daba limosna á todos los que creía necesitados. Se detenía con un niño como pudiera hacerlo con una persona de distincion: les hacía

la señal de la cruz en la frente y en el pecho, venerándolos como miembros inocentes de Jesucristo; y como los que le acompañaban manifestasen alguna impaciencia con este motivo, pues todas las madres se apresuraban á presentarle sus hijos, les decía: «el Hijo del mismo Dios nos da ejemplo en esta parte. ¿Podrá censurárenos porque le imitemos?»

Llegada la hora de ponerse en camino, le acompañó el obispo de Calcedonia, con los principales individuos del clero y de la ciudad hasta Seissel, distante seis leguas de Annecy, esto es, hasta el paraje en que, después de haberse ocultado el Ródano algun trecho debajo de la tierra, vuelve á ser navegable. Antes de embarcarse les dió gracias con una humilde y viva sensibilidad: y arrodillándose luego pidió al Señor en alta voz, levantadas al cielo las manos y los ojos, que cuidase del pueblo que le había confiado, que fuese su pastor, y que reparase con la abundancia de sus gracias las faltas que él había cometido por efecto de su negligencia ó de su incapacidad. Levantóse después, llorando amargamente todos los que estaban á su lado; les dió su bendicion, ó por mejor decir, pidió al Pastor eterno que los bendijese por sí mismo; los abrazó con paternal cariño, y se encomendó á sus oraciones. Al momento se separó de ellos, entró en el río, y se alejó de un lugar en que solo se oían suspiros y sollozos.

Era esto á mediados de noviembre, y el Santo se sintió muy incomodado en el camino. Llegado que hubo á Aviñon tuvo que volver casi en seguida á Lyon. No atreviéndose el duque de Savoya á atravesar los montes, ya por razon del mal tiempo y ya por su avanzada edad, envió para que hiciese sus veces al cardenal Mauricio, su hijo, el cual acompañó al rey hasta Lyon, á donde pasaron también el príncipe y la princesa del Piamonte. Aunque estaban todos con mucha estrechez en aquella ciudad á causa de la concurrencia de las cortes de Francia y Savoya, no hubiera dejado de

tener el santo obispo una habitacion conveniente á su estado, si su mortificacion ingeniosa no se hubiese valido de las mismas circunstancias para conseguir el fin que se proponía. Ofreciéndole cuarto en su misma casa muchas personas distinguidas, y entre otras el intendente de la provincia, les respondió, que habiendo previsto la dificultad que habría para encontrar alojamiento, había hecho de antemano sus diligencias y tenía una habitacion cómoda. Supieron después que vivía en el cuarto del jardinero de las monjas de la Visitacion, y no fué posible sacarle de allí por más instancias que se le hicieron. Era muy diestro en satisfacer á su mortificacion con estos artificios, de suerte que en todos sus viajes nadie solía estar peor alojado que él; y cuando sus familiares, avergonzados de ocupar ellos los mejores cuartos, le manifestaban cuán sensible les era esto, tenía siempre mil razones aparentes para justificar su eleccion.

Pero cuanto mayores eran los esfuerzos que hacía para humillarse, tanto mayor era el empeño con que le honraban todos. A porfía daban testimonio las dos cortes de la eminente santidad que á pesar suyo se descubría en todas sus acciones. No le costó dificultad conseguir la proteccion de S. M. Cristianísima á favor de sus diocesanos católicos que estaban sujetos al gobierno de Francia, pues Luis el Justo había heredado la estimacion y efecto que profesó Enrique el Grande á tan digno obispo: venerábanle también las reinas María de Médicis y Ana de Austria: el príncipe y la princesa del Piamonte le miraban como á un amigo de Dios, y como á un Santo que atraía las bendiciones del cielo sobre su casa; y todos los cortesanos, movidos del ejemplo de sus amos y del conocimiento personal que muchos de ellos tenían de sus raras virtudes, anhelaban por su trato y comunicacion. Luego que cayó enfermo, estuvo continuamente llena de los personajes más distinguidos de las dos cortes la humilde morada de un pobre jardinero, que

él se había escogido para vivienda suya.

Laborioso hasta el último momento, é impulsado de un celo que le hacía superior á la naturaleza, predicó con mucho fuego, á pesar de su gran debilidad, en la iglesia de los jesuitas, á quienes había honrado siempre con su amistad y aprecio. La víspera de Navidad bendijo una cruz colocada por mandato de la reina madre en el convento de Recoletos, y volvió á predicar con su celo acostumbrado. Al otro día confesó al príncipe y á la princesa del Piamonte, les dijo misa, los comulgó, dió después el hábito á dos novicias de la Visitacion y predicó sobre el misterio del día. Sin embargo del conocimiento que le había dado Dios de su muerte próxima, conservó en todos estos ejercicios la más perfecta libertad de espíritu, y una gran confianza en la divina misericordia, sin turbacion, sin inquietud, sin ninguna mudanza en sus acciones y modales. Siempre había vivido como si cada día hubiese de ser el último de su vida; y así la cercanía de su muerte en nada disminuyó su tranquilidad. Habiendo prodigado en estas circunstancias grandes limosnas á un caballero que carecía de todo recurso, y no sabiendo este cómo manifestarle su agradecimiento, le repetía sin cesar que pediría por él al Señor con tanta eficacia, que aun en este mundo le daría ciento por uno. «Apresúrese usted, pues, (le dijo), á proporcionarme esa fortuna, porque dentro de poco ni usted ni yo estaremos en este mundo:» y en efecto, no trascurrió mucho tiempo entre la muerte del caballero y la del Santo.

Al día segundo de Navidad sintió Francisco un abatimiento extraordinario, y observó que le iba faltando la vista. Mas no por eso dejó de celebrar la misa: después de lo cual encontró al duque de Bellegarde y al marqués de Alincourt, con quienes se detuvo un largo rato en la calle, no obstante que hacía un frío terrible. Pasó desde allí á casa del duque de Nemours, para suplicar á este príncipe que per-



donase á dos dependientes suyos que habian incurrido en su indignacion por haber faltado al respeto que se merecia el Santo. Como trataba de marcharse en aquel mismo dia, fué tambien á casa del principe y princesa del Piemonte á despedirse de ellos, y á terminar algunos asuntos relativos al bien de su Iglesia. Habiendo llegado á su casa rendido del cansancio, le presentaron las botas y no quiso recibirlas; pero habiendo vuelto á llevárselas de alli á un rato, dijo al ayuda de cámara: «bien está; me las pondré porque te empeñas en ello, pero no iremos muy lejos.» Despues de haber escrito algunas cartas de recomendacion, y de haber recibido á muchas personas que iban á despedirse de él, se sintió tan falto de fuerzas, que fué necesario llevarle á la cama, y no tardó en declararse la apoplejia que le quitó la vida de alli á dos dias; mas esta enfermedad, tan espantosa por su naturaleza, fué benigna y apacible para el Santo, y en cierto modo se revisió de su propio carácter.

Luego que circuló por la ciudad la nueva de que estaba enfermo de peligro, acudieron á verle grandes, prelados, eclesiásticos y religiosos. El duque de Nemours, que padecia un ataque de gota, se levantó é hizo que le llevasen á su casa. Habiale perseguido en otro tiempo con furor; pero en vista de su singular virtud era ya uno de sus mas celosos admiradores. Se echó á sus plantas, le cogió las manos, se las besó, regándolas con sus lágrimas, y le pidió su bendicion para sí y para el principe del Ginebrés, su hijo primogénito. Madama Olivier, muger del intendente, fué acompañada de sus dos hijas y le pidió su bendicion para sí y para todos sus hijos. Despues de haberle dado el vicario general de Lyon los testimonios del mas vivo interés en nombre de toda la diócesis, mandó esponer el Santísimo Sacramento en todas las iglesias para pedir á Dios el restablecimiento de su salud. Entre otros prelados, era amigo íntimo del obispo de

Damasco, que era acreedor á ello por su piedad. Al acercarse á él este obispo, le dijo: «Vengo á ofrecerte á vos, querido hermano mio, con un cariño fraternal. Ya sabeis que está escrito que *el hermano ayudado por el hermano, es como una ciudad bien defendida.*» — «Y está tambien escrito (replicó el enfermo alargándole la mano) que *el Señor salvará al uno por medio del otro.*» — «Poned vuestra confianza en el Señor (añadió el obispo de Damasco, usando siempre de las palabras de la Escritura).» — «Y él os alimentará (prosiguió en los mismos términos el fervoroso enfermo).» — «No pudiendo enfrenar ya dentro de sí mismo los ímpetus del amor divino que le abrasaba: *«mi corazon y mi carne (esclamó) hanse regocijado con el Dios vivo. Cantaré eternamente las misericordias del Señor. Pero ¿cuándo me veré en su presencia? Muéstrame, querido de mi alma, muéstrame el lugar donde descansas.»*

El P. Ferrier, jesuita, que no se apartaba de su lado, le propuso que dijese esta oracion de San Martin: *Señor, si soy todavía necesario á vuestro pueblo, no rehusó el trabajo.* Parece que la profunda humildad del Santo se ofendió de una comparacion cuya exactitud conocian todos menos él. En vez de repetir la oracion que le proponian: «yo no soy (esclamó muchas veces); yo no soy mas que un siervo inútil, de que ninguna necesidad tiene Dios ni su pueblo.» Habiéndole sugerido otro jesuita estas palabras de la Sagrada Escritura: *Santo, Santo, Santo es el Señor; toda la tierra está llena de su gloria,* las estuvo repitiendo mucho tiempo, y le hizo una impresion tan fuerte la idea de la grandeza, de la santidad y de la magestad suprema, que se quedó como arrobado. Perdió la voz, y solo conocieron que vivia por el movimiento de los labios y de los ojos, que de cuando en cuando levantaba hacia el cielo. Habia ya recibido los últimos Sacramentos de la Iglesia, á escepcion del Santo Viático, que no se habian atrevido á adminis-

trarle á causa de los frecuentes vómitos que sufría; pero habia celebrado el sacrificio de la misa en el mismo dia. Todos los actos de resignacion, de una entera sumision á las órdenes del Señor, de una firme confianza en su misericordia, del holocausto de todas las criaturas y de su propio cuerpo, los ejecutó con el mayor gozo, porque nunca se habia fijado en cosa alguna sino segun el orden de Dios. La profesion de fé fué una de las primeras cosas que hizo, esplicándose con la mayor claridad y exactitud, y poniendo por testigos á todos los que estaban presentes. En cuanto al punto capital del catolicismo, sin el que toda piedad es un vano simulacro, era tal su sensibilidad, que en cierto modo le enagenaba y hacia que pareciese de distinto carácter. Como en su enfermedad se echaba mano de mil recursos para tenerle despierto y evitar el letargo, ocurrió á un eclesiástico el preguntarle, si no sentia algún apego ó adhesion al calvinismo habiendo tratado tanto con los hugonotes. «Dios me libre de eso (esclamó prontamente). Seria una traicion enorme. Dios mio, bien conoceis mi corazon.» Por último, el dia de los Santos Inocentes del año 1622, al proferir estas palabras de la letanía recomendándole el alma: *Santos Inocentes, rogad por él,* el santo obispo entregó á Dios su alma pura, no menos inocente á los cincuenta y seis años, que las de las tiernas víctimas cuya fiesta se celebraba.

Es inútil espresar el sentimiento que la noticia de esta muerte causó, pues fácil es conocerlo, atendiendo al carácter de un Santo á quien Dios envió al mundo para hacer amable y respetada la virtud. Pero no tardó en convertirse en admiracion y en accion de gracias por la multitud y celebridad de los milagros que se obraron en el lugar de su muerte, en su Iglesia de Annecy á donde fué trasladado su cuerpo, y en todas las partes donde se imploró su intercesion. Antes de ocupar Alejandro VII la Silla pontificia, curó de una enfer-

medad muy peligrosa, estando en Munster en calidad de mediador para la paz general de Europa, y quedó tan convencido de que debia el restablecimiento repentino de su salud á la intercesion del santo obispo de Ginebra, que envió á Annecy una suma considerable de dinero para contribuir á la reparacion de la iglesia en que descansaban sus reliquias. Sin aguardar á que se cumpliesen los cincuenta años que por lo comun trascurren entre la muerte y la beatificacion de un Santo, colocó á este, nueve años antes, en el número de los bienaventurados.

La canonizacion se verificó cuatro años despues (1665) á instancia de la mayor parte de los principes cristianos, y especialmente del rey Luis XIII, de las reinas su madre y su esposa; de su hermana la reina de Inglaterra, del rey y de la reina de Polonia, de la duquesa de Savoya, del duque y de la duquesa de Baviera, de la asamblea del clero de Francia, de las órdenes religiosas, de los parlamentos y de los gobernadores de las provincias de aquella nacion. El rey envió á Roma á los obispos de Soissons y de Evreux para promover este asunto juntamente con su embajador el duque de Crequi. Habia adoptado la Francia en cierto modo á aquel ilustre savoyano, quien por su parte miraba á la Francia con la misma inclinacion que á su propia patria. Entre otros muchos milagros cuéntanse principalmente, en la bula de canonizacion, siete de los mas célebres y auténticos; á saber, la resurreccion de dos muertos, la curacion de un ciego de nacimiento, la de un paralítico, y la de tres personas baldadas. Mas el prodigio mas admirable y útil fué sin duda alguna la conversion de setenta y dos mil hereges, igualmente atribuida en esta bula al santo obispo de Ginebra, despues de las rigurosas discusiones que, como es notorio, se hacen en Roma cuando se trata de semejante materia.

Nos quedan de San Francisco de Sales varias obras piadosas, siendo las mas conocidas